

III. Buscando dentro

Partiendo del ser humano

Mira, tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba, escribe Agustín en sus Confesiones.²³¹ Para encontrar a Dios Agustín tuvo que cambiar la dirección de su búsqueda, e invita a que hagamos lo mismo: No vayas hacia fuera, entra en ti mismo; en el hombre interior habita la verdad.²³² Hasta ahora hemos buscado a Dios en el mundo, hacia fuera, en las obras de la creación que nos rodean. Queremos cambiar ahora la dirección de la búsqueda, buscando a Dios en un camino hacia el interior. También Anselmo de Canterbury al inicio de su Proslogión invita a una búsqueda hacia dentro: ¡Oh hombre!, huye un momento de tus ocupaciones, escóndete un instante del tumulto de tus pensamientos. Arroja lejos ahora tus agobiantes preocupaciones, y aparta de ti tus penosas inquietudes. Ten un poquito de tiempo para Dios y descansa un poquito en él. Entra en la habitación de tu mente, saca todo de ella menos a Dios y lo que te ayuda a buscarlo y búscalo a puerta cerrada.²³³ Y Descartes introduce la tercera de sus Meditaciones Metafísicas describiendo su esfuerzo por conocer su propio interior: Ahora cerraré los ojos, me taparé los oídos, dejaré de usar todos los sentidos, incluso borraré de mi pensamiento todas las imágenes de las cosas corporales, o, por lo menos, puesto que eso apenas es factible, las tendré por vanas y falsas, y hablando sólo conmigo mismo y examinándome muy profundamente, intentaré conocerme mejor y familiarizarme más conmigo mismo.²³⁴

231 Agustín, Confesiones X 27, 38.

232 Agustín, De vera religione 39,72.

233 Anselmo de Canterbury, Proslogio 1.

234 R. Descartes, Meditaciones Metafísicas 3 (pág. 30).

El camino hacia dentro ha sido el método privilegiado de los místicos de todos los tiempos, entre los cuales ciertamente podemos contar a Agustín y Anselmo. Representando a tantos otros, citamos a Teresa de Jesús que invita a entrar en las *Moradas* del castillo interior del alma: *...para buscar a Dios en lo interior, que se halla mejor y más a nuestro provecho que en las criaturas.*²³⁵ Para Teresa hay una relación dialéctica: Dios vive en el interior del ser humano, y el ser humano vive en Dios. El castillo del alma, claro y transparente como un diamante, es la morada de Dios, y Dios es la morada del alma humana. En una de sus poesías Teresa deja decir a Dios: *Alma, buscarte has en Mí, y a Mí buscarte has en ti... Si te perdieras, mi amada, Alma, buscarte has en Mí... Y si acaso no supieras Dónde me hallarás a Mí, No andes de aquí para allí, Sino, si hallarme quisieres, A Mí buscarme has en ti.*²³⁶

En este camino hacia dentro no se trata de una introspección psicológica, ni tampoco de un autoanálisis o una autognosis del ser humano. No se trata de una meditación profunda en la cual el ser humano, finalmente, descubriera que él mismo es Dios o que él mismo es una parte del todo o la auto-presencia del todo que es Dios. Tampoco se trata de una devaluación o de un desprecio del mundo exterior como si fuera pura apariencia. El giro hacia dentro, antes de ser misticismo, se traduce en la pregunta del hombre por sí mismo: *¿Qué es el hombre? ¿Qué es lo propio del ser humano que le distingue de las otras criaturas? ¿Cuál es su papel y su puesto enigmático en el universo?*

El giro hacia dentro es en primera instancia un giro antropológico, y por cierto, bien característico de la Modernidad. En el momento en que todo cayó bajo el imperativo de la duda, la autoconciencia del yo surgió como nuevo punto de partida. Los dos pasos de la búsqueda hacia fuera en el mundo y hacia dentro en el ser humano, también corresponden a dos etapas de la historia de la filosofía.

Así, nos preguntamos en un primer punto por el ser humano: *¿Qué descubre en sí mismo mirando hacia dentro?* El siguiente paso

235 Teresa de Jesús, *Moradas* III 3,3 pág. 384.

236 Teresa de Jesús, *Búscate en mí*, en: Teresa de Jesús, *Poesías* 4, 957s.

será la pregunta por el bien. El ser humano es aquel que es capaz de distinguir entre bien y mal y es llamado a realizar el bien. Muchas veces se ha visto en la moralidad del ser humano otro argumento en favor de la existencia de Dios.

Después nos preguntaremos por aquel núcleo dentro del ser humano que, de alguna forma, lo conecta con Dios. Podríamos llamarlo el punto de partida místico del conocimiento de Dios que encierra y abarca la búsqueda filosófica. Hablamos del deseo de ver a Dios que en el ser humano se manifiesta como deseo de felicidad, de una felicidad que supera lo que el mundo puede dar.

Finalmente, concluiremos con una reflexión sobre el argumento ontológico, que es –en diferentes maneras– el fruto de la introspección tanto de Anselmo como de Descartes y que interpretamos como un pensamiento indestructible en el ser humano, dado que se deriva de la dinámica misma de la vida.

13. Entre enigma e imagen

¡Conócete a ti mismo! - *Gnôthi seautón* decía la inscripción de la entrada del templo de Delfos. Solo en enigmas contestaba el oráculo de Delfos a las preguntas de los hombres. La solución del enigma se convierte en la tarea de una vida, en la cual el hombre se va conociendo a sí mismo. Sócrates, por medio de una larga investigación, entrevistando a toda clase de personas, descubrió así el sentido de las palabras del oráculo de Delfos que le había designado como *el más sabio de los hombres*, simplemente porque *sabía que no sabía nada*.²³⁷

El ser humano sigue siendo un enigma y, a la vez, es la solución del enigma. De acuerdo a la leyenda griega, la Esfinge planteó a Edipo un acertijo de vida o muerte: ¿Qué camina por la mañana a cuatro patas, al medio día sobre dos y por la noche con tres? La respuesta a la adivinanza era sencilla: *el hombre*, por la mañana, siendo niño, gatea a

237 Cf. Platón, Apología de Sócrates, 23b.